

cultura del *roman courtois*, insistiendo en que fue la protectora de Andreas Capellanus (según la tesis tradicional, aunque de pasada plantea la tesis de Benton, de su vinculación a una corte real p. 175). Tales inclinaciones de Angela Lucas a mantenerse fiel a las tesis más consabidas y tradicionales (sólo rota con la introducción de los argumentos de Duby de dos modelos matrimoniales en la época feudal) es indicio de cautela y timidez. Estas virtudes aparecen en la conclusión, muy corta por lo demás, donde se busca presentar una imagen de la mujer medieval dentro de las nuevas corrientes historiográficas de reconocimiento de su papel y de su importante función: como esposa, como madre, como monja, como integrada en el complejo mundo de los negocios. La mujer, luchando contra todas las restricciones legales y jurídicas de la época, contra una imagen mental que las hacía *per natura* inferiores al hombre, trata de elevarse por encima de esas dificultades, y así, en propias palabras de Angela Lucas «Such instances must stand as convincing evidence that, in spite of legal restrictions, in the detailed concerns of everyday life, many women were neither regarded as useless nor were they oppressed and that they were often accorded considerable responsibility» (p. 187).

Juan Ruiz Fré

Martí de RIQUER, *Heràldica Catalana des de l'any 1150 al 1550*, 2 vols., Barcelona, Quaderns Crema, 1983 (799 págs. 335 ilustraciones en color y blanco y negro).

Durante la segunda mitad del siglo XII comienzan a aparecer en toda Europa signos de reconocimiento individual con carácter hereditario y que en poco tiempo se encontrarán plenamente sistematizados. La heráldica constituye un campo de investigación recuperado por los estudiosos que han dejado de concebirlo como una mera curiosidad erudita para transformarlo, con el rigor del análisis, en un tema de extraordinario interés para todo medievalista: desde el historiador de las sociedades preocupado por detectar los distintos medios de diferenciación social de los grupos nobiliarios, hasta el historiador de la literatura que constantemente se encuentra con expresiones y conceptos de difícil interpretación. Estudios como los de Michel Pastoureau o Gerard Brault han logrado encauzar y reorientar este campo de investigación. Por su parte, Martí de

Riquer ofrece una completa visión de la heráldica en Cataluña aportando no sólo el análisis preciso de un amplio repertorio de escudos (en el libro aparecen catalogados 600 escudos catalanes), sino un auténtico tratado, susceptible de ser utilizado por cualquier estudioso ajeno a la materia, solventándose así los indudables defectos de la obra de Doménech y Roura.

El libro se presenta en dos volúmenes. El primer volumen comienza con una amplia introducción (pp. 11-74) en la que se abordan problemas generales de la heráldica europea y donde se delimita espacial y cronológicamente la esfera de análisis: Cataluña entre 1150 y 1550. Son las propias fuentes catalanas las que configuran este periodo. El primer escudo heráldico catalán aparece en el sello de Ramón Berenguer IV: el conde mantiene un escudo con una bloca radiada (claro elemento preheráldico) pero también se han representado unos *palos*, posiblemente cuatro. Se trata del primer escudo heráldico catalán y también europeo, pues los tratadistas habían coincidido hasta el momento en fechar la aparición de la heráldica europea hacia el año 1180. Así, el sello del conde (que no ofrece dudas de datación) constituiría el punto de partida inicial de la expansión de la heráldica en Europa. Se suele considerar que es a mediados del siglo XVI y no antes, cuando se produce una transformación acusada en los signos heráldicos, tal y como establece Michel Pas-tourea. Por ello, Martí de Riquer incluye en su estudio fuentes pertenecientes a los primeros cincuenta años de ese siglo. Se trata de cinco armoriales (Steve Tamborino, Salamanca y Tolosa, Llupiá y los dos atribuidos a Bernat Mestre) que además constituyen la base documental más importante del libro. A estas fuentes se añaden todas aquellas de origen catalán que puedan proporcionar datos: por ej. la obra de Bernat So o la novela de caballerías *Curial y Güelfa*. La iconografía es empleada como ilustración y en el caso de los sellos, como fuentes seguras de datación. Martí de Riquer aclara su postura dentro de las diversas líneas metodológicas que han seguido los estudios heráldicos descartando radicalmente los análisis simbolistas (como por ej., el de Sorval) y entendiendo la heráldica como un sistema de signos convencionales (Mounin). Todos estos aspectos (cronología, fuentes, método) se encuentran condensados en el último apartado de la Introducción: *Orientació del present llibre* (pp. 74-76). Los apartados anteriores tienen como objetivo establecer los orígenes de la heráldica, tratar la aparición y evolución de los «especialistas» (reyes de armas y heraldos), fijar el sistema de *brisuras* (norma de herencia de señales heráldicas que diferencia primogénitos de segundos y bastardos) y ofrecer una completa visión de la heráldica literaria y legendaria. En lo que respecta a la compleja cuestión de los orígenes, Martí de Riquer relaciona íntimamente la aparición de las señales heráldicas con la necesidad de reconocimiento militar: las banderas no permitían el reconocimiento individual sino sólo del equipo y las transforma-

ciones técnicas del armamento desde principios del siglo XI (el nasal, la aplicación del almófar) fueron haciendo cada vez más imprescindibles el uso de estas señales. La cubrición total del rostro a partir de principios del siglo XIII con el nuevo yelmo en forma de tonel (*Topfshelm*) resulta impensable sin la existencia de la heráldica.

El estudio de la heráldica catalana se aborda según la clasificación tradicional de los elementos del escudo. En primer lugar se trata brevemente la heráldica como ciencia: I. *La denominació de l'heràldica*, pp. 79-82 y seguidamente se pasa ya al estudio del campo del escudo según los diferentes metales, colores o fotros: II. *El Camper de l'escut, els metalls, les colors i les pennes*, (pp. 83-100). Las piezas heráldicas se analizan particularmente en dos apartados: III. *Les peces heràldiques I: senyals, cap, peu, pal, escut reial dels quatre pals, faixa, banda, cotisses, xebró, santon, creu* (pp. 101-148); i IV. *Les peces heràldiques II: bordura, besants i torteus, losange, billeta i cartell, escussó, lambeu, escaqué* (pp. 155-195), abarcándose así todos los elementos geométricos y distinguéndolos de las figuras: V. *Les Figures heràldiques* (astros, animales de tierra, pájaros, mundo vegetal, pp. 205-284). En la sexta parte se estudian las particiones del escudo (VI. *Particions de l'escut*) atendiendo a la *dimidiació, faixa i banda, quatre particions, flangé, gironé i anté* (pp. 293-327).

Cada una de estas partes subdivididas en los apartados citados presenta una estructura similar: definición general con figura incorporada, estudio del escudo en las familias catalanas, enumeración de las familias que poseen tal escudo (con numeración para cada caso, constituyéndose de este modo el catálogo de los 600 escudos catalanes). Interesantísimos y sumamente aclaradores de la evolución de la heráldica con los estudios sobre «l'escut reial dels quatre pals» (pp. 112-130) con un completo cuadro genealógico en el vol. II desde Pere III-II el Gran y su esposa Contanç o sobre la casa Montcada al analizar la pieza heráldica del beante (pp. 167 y ss.). En estos casos, se comprueba la transformación de las señales heráldicas al incorporarse nuevos linajes a una casa nobiliaria determinada.

En la Parte VII, *Gramàtica del blasó* (pp. 331-342) se atiende a las formas de expresión y conceptos utilizados por los heraldistas catalanes: los «afrancesamientos», el estilo formulario, la creación de un metalenguaje comprensible sólo para los «profesionales» constituyen una serie de consideraciones de gran interés lingüístico cuya profunda asimilación permite a Martí de Riquer la construcción de un utilísimo código recogido en el vol. II a partir del cual es posible encontrar cualquier escudo de los 600 catalogados en el libro. Atención especial merece un tipo concreto de señales heráldicas: VIII *Armes parlants* (pp. 343-348) en las que la figura del escudo coincide con el significado del apellido facilitando la mnemotecnia. Constituye un tipo muy extendido en Cataluña, según se

pone de manifiesto en el último apartado del primer volumen: IX. *PECULIARITATS DE L'HERÀLDICA CATALANA*, pp. 349-358), donde se condensan las características específicas de la heráldica en Cataluña a pesar de la «internacionalidad» de la heráldica: usos preferentes de piezas, rechazos de algunas figuras, etc. Destaca un aspecto diferencial que ya es señalado desde la Introducción y que se refiere al sistema de brisuras. Señala Martí de Riquer: «Sospito però que les brisures catalanes, més que no pas diferenciar pare de fills i germans de germans, constituïen variants heràldiques de línies o branques de llinatges dintre de les quals tots els membres usaven el mateix escut, deixant a part la casa reial. M'ho fan creure entre altres raons, les armes dels Montcada, en les quals el nombre de besants (sis o vuit) distingeix els de la línia de Bearn d'aquells de la línia dels grans senescals sense que apareguin diferències entre els membres de la mateixa línia» (p. 45). La apreciación de Martí de Riquer me parece crucial, pues revelaría un sistema diferente del resto de Europa que, al mismo tiempo, indicaría quizás necesidades distintas en la organización del linaje, como por ej. no resaltar la figura del primogénito y, en cambio, destacar la inserción de otra línea familiar. El libro de Martí de Riquer sugiere problemas que abren nuevos campos de investigación.

En el volumen II se reúne toda la documentación: ilustraciones y reproducción de las cinco fuentes básicas del libro: los cinco armoriales acompañados de notas y estudio (I. *Els Armorials* pp. 573-600, II. *Tractatus del blasó*, pp. 601-616). Se incorpora además uno de los conjuntos heráldicos más hermosos de Europa: las pinturas que realizara Juan de Borgoña en el Coro de la Catedral de Barcelona con motivo de la celebración del XIX Capítulo de la Orden del Toisón de Oro en el año 1519. El artista reprodujo una cincuentena de escudos de los caballeros pertenecientes a la Orden. El conjunto es impresionante según se puede advertir con la mera contemplación de las ilustraciones fotográficas en color (pp. 633-742) y las alteraciones que sufrieron en la restauración de mediados del siglo XVIII se encuentran subsanadas con las detalladas descripciones que acompañan a cada escudo (por ej., el caso del escudo de Carlos I), pues Martí de Riquer señala cada una de las alteraciones al escudo original a partir de la confrontación de la pintura y las descripciones de los heraldistas de la primera mitad del siglo XVI. Este segundo volumen se completa con el armorial de Francesc Tarafa (p. 743 y ss.), bibliografía, índice heráldico e índice de escudos.

La cuidadosa recopilación del material, su ordenada clasificación, la voluntad clarificadora por parte del autor acerca de un tema bastante desconocido por los propios medievalistas, hacen que la obra pueda ser adoptada como una adecuada iniciación en el tema. Se logra además fijar y definir con precisión todos los conceptos heráldicos catalanes, proporcionándose al mismo tiempo una completa tipología del blasón. Pero, sobre todo, la profundidad del conocimiento y el perfecto trabajo de

investigación determinan que el libro sobrepase con mucho los límites del «tratado» de heráldica, convirtiéndose en una obra abierta, generadora de futuros estudios.

Victoria Cirlot

Philippe SENĀC, *L'Image de l'Autre. Histoire de l'occident médiéval face à l'islam*, Paris, Flammarion, 1983, 1983 pp.

Resulta inevitable. La eclosión reciente de los estudios sobre «lo otro» (conducidos en Francia por la mano del célebre Tzvetan Todorov) y que ha seducido ya a diversos autores en las más variadas disciplinas (Paul Zumthor por ejemplo ha adaptado estos presupuestos en su último libro dedicado a la poesía oral) ha llegado finalmente al campo estricto del medievalismo. El pionero de tales planteamientos es, según se mire, Philippe Senac con la obra que ahora comentó.

El objeto de este libro es bien sencillo: se trata de comprobar la imagen que los europeos se hicieron del mundo islámico a lo largo de casi un milenio. El autor deja bien claro sus propósitos, él habla de «imagen, no de conocimientos». Es más —precisa en la introducción— «Les deux notions ne sont pas synonymes» (p. 8). Quizás incluso una es la tergiversación de la otra. ¿Podría decirse que cuando una cultura se hace una imagen «estereotipada» (como decimos en ocasiones para ser indulgentes con las ideologías) lo hace por simple ignorancia o por desprecio a los conocimientos que puede tener de ese mundo que ha llevado al campo de la «imagen»? Senac parece creerlo con ciertos matices: «La faiblesse de l'un accrut la liberté de l'autre». De ahí que su investigación «n'affectera donc pas précisément le domaine de la connaissance, mais celui de l'imagination» (p. 9). Luego, circunscribe el campo de investigación (en la mejor traducción de los actuales estudios históricos franceses) y traza las deudas, en especial con la obra de Norman Daniel, *Islam and the West, the making of an image* (Edimburgo, 1960), y con las teorías de Maxime Rodinson y algunos otros más. Una vez saturado de un pasado no muy lejano, el autor da entrada al estudio sobre la imagen que el europeo occidental se hace del mundo islámico: que va a ser, necesariamente, «la imagen de lo otro».

El discurso comienza. La obra está dividida en tres grandes apartados: *naissance, rayonnement, declin* (aquí también se observa la buena tradición historiográfica actual), que corresponden casi literalmente a tres grandes momentos de la historia del Occidente (o mejor cabría decir,